

Fibra 27

Enero Febrero 2005

Reportaje:

Presidentes Breves pasaron por la moneda un día

Por :

Rafael Gumucio

Ilustraciones:

Pablo Rivas



Aunque la historia chilena se ha caracterizado por los gobiernos largos de tipo autocrático, por momentos hemos tenido nuestros propios presidentes efímeros, nuestros dictadores de dos semanas y uno que otro gobernante por accidente. Son casos extraños, cuyos protagonistas oscilan entre la opereta y la tragedia.

La cosa empezó mal. Nuestro gobernante de más corta gestión fue también uno de los primeros de nuestra vida independiente: Ignacio de la Carrera, padre de los ruidosos hermanos Carrera, mandó en Chile sólo por un día. Su hijo José Miguel sostuvo un par de dictaduras de algunos meses, lo que en esa época convulsa constituía una eternidad.

Ignacio de la Carrera fue destronado en el record de gobiernos breves por uno de los amigos de sus hijos: Manuel Rodríguez. En 1818, aprovechándose del desastre de Cancha Rayada, Rodríguez difundió que O'Higgins había muerto y, por tanto, que el poder le correspondía a él. Su proclamación la hizo al grito de "¡aún tenemos patria, ciudadanos!". Su gobierno duró el tiempo en que el rumor fue desplazado por la noticia. Ya en la noche de ese mismo día se sabía que O'Higgins estaba sano y salvo y que Manuel Rodríguez ya no se gobernaba ni a sí mismo. El acto de coraje le valió el odio del libertador, que ese mismo año permitiría (según algunos historiadores) o alentaría (según otros) su ajusticiamiento a manos de un soldado borracho.

Tras la dictadura de O'Higgins y otras intentonas, en el reinado estrambótico de Freire se creó el cargo de Presidente de la República. El primero en ostentar el cargo de Presidente de Chile fue un argentino, don Manuel Blanco Encalada, quien duró apenas dos meses a la cabeza del gobierno, de julio a septiembre de 1826. Ante la fertilidad de las conspiraciones se vio en la alternativa de cerrar el Congreso o renunciar y, con muy buen tino, optó por el segundo camino.

El segundo Presidente también fue de escasa duración: Agustín Eyzaguirre gobernó sólo cinco meses, de septiembre de 1826 a enero de 1827; le correspondió dirigir la lucha contra los Pincheira, en Chillán, pero se olvidó de que en Santiago se libraban las verdaderas batallas. Un tal Novoa, acompañado por el general Campillo entraron al Congreso montados a caballo y lo derrocaron.

Pero ésta no fue la renuncia más estrambótica del periodo. Don Francisco Ramón Vicuña, padre del revolucionario liberal Pedro Félix Vicuña y abuelo de Vicuña Mackenna, llegó a la primera magistratura en 1829 por medio de complicadas carambolas políticas. Intentó poner el país a la hora del liberalismo a la americana. En medio de infinitas discusiones de alto voltaje en el Congreso sobre la conveniencia de un sistema federal, apareció nuevamente en escena el mencionado Novoa, que parecía confundir el Parlamento con su caballeriza. Novoa hizo lo que mejor sabía hacer: un golpe de estado.

Vicuña intentó una extraña forma de resistir la asonada. Se rindió ante las tropas pero escondió la banda presidencial en su sombrero, para que el cargo fuese aún suyo a la salida del palacio. Fue descubierto y luego reemplazado por otro gobernante de breve duración, José Tomás Ovalle, que antes de que alguien lo derroicara se murió de tuberculosis. La ciudad nortina de Ovalle debe su nombre a este mandatario efímero.

Antes de que la batalla de Lircay (1830) acallara a los liberales y pusiera en la primera magistratura a una seguidilla de generales terratenientes, gordos y con sentido común, se sucedieron en la primera magistratura: Freire por un año, Fernando Errázuriz por unos meses y Francisco Antonio Pinto por algo más de un año. Entre medio varias, veces el cargo rebotó como una especie de pelota candente sobre variados senadores y hombres públicos.

Un puñado de constituciones y una batalla, la de Lircay, volverían todo a un orden que muchas veces fue el de los cementerios. Los decenios conservadores y los quinquenios liberales terminarían con el gobierno de Balmaceda, bruscamente interrumpido por otra guerra civil y el suicidio del mandatario. Pero, conocedores de la historia, los poderosos de este largo periodo se cuidaron de preservar el cargo de Presidente de sus afanes conspirativos. Los gabinetes y ministerios de finales del siglo antepasado y comienzo del pasado iban de mano en mano, pero el Presidente solía cumplir su mandato.

Resfrío centenario

En medio de este lapso de relativa calma se registra la sucesión presidencial más extraña de nuestra historia. Esta vez no fue la energía de los candidatos, ni las asonadas ni los golpes de estado los que determinaron el extraño viaje de la banda presidencial de un pecho a otro, sino un cadena de calamidades que Joaquín Edwards Bello llamó “la fatalidad del centenario”.

En agosto de 1910 murió en Bremen el Presidente Pedro Montt. Lo debía suceder el presidente del Senado, Elías Fernández Albano, un caballero quitado de bulla cuya tarea más conocida era ser gerente de la Caja Hipotecaria. Alcanzó a durar unos días en el poder, pues un mal viento que agarró en la iglesia en que se celebraban las honras fúnebres de Pedro Montt, lo llevó directo de la presidencia provisional a la tumba.

Se estaba sólo a días del centenario, las visitas ya habían llegado y Chile no tenía Presidente. ¿Quién podía ser? ¿A quién le correspondía? La costumbre indicaba que al ministro más antiguo del gabinete. Este era don Luis Izquierdo, el único que por su falta de relieve había sido olvidado en las rotativas ministeriales. Izquierdo no tenía demasiadas ganas de ser Presidente. Se dice que una dama que amaba al hombre más buenmozo de Chile por esos tiempos, don Emiliano Figueroa, le rogó a don Luis que cediera este alto honor a favor de su amante.

La verdad es que Figueroa (que lograría ser dos veces Presidente breve y se caracterizaría por su falta de iniciativa en las dos ocasiones) hizo un papel fenomenal en las fiestas del centenario: fue un gran anfitrión y le ganó en las carreras de caballos al desafortunado Presidente argentino, Figueroa Alcorta.

Emiliano Figueroa, que había entrado a la política sólo para acompañar a su hermano Angel, era sencillo, campechano, buenmozo y gentil con las damas; las tenía todas para la juerga y la jarana. Como eso es lo que tenía que hacer durante las celebraciones, cayó parado. Su gobierno duró los meses que le quedaban al fallecido Montt para completar el periodo. Luego le entregó la banda a Ramón Barro Lucos, que no sabe cómo llegó al final de su gestión, en circunstancias de que padecía una avanzada demencia senil.

Todo parecía volver a la calma, pero sólo quedaban unos años para que la fiebre volviera a convertir La Moneda en el palacio de la risa.

Ratones en la caja

Con Alessandri, en los años veinte, el pueblo empieza a ser parte de las decisiones políticas. En el Congreso se arman peleas entre los que quieren frenar y los que quieren acelerar las reformas. Alessandri, en su rol de tenor trágico, no hace nada para calmar las cosas. Inmovilizado por el Parlamento, el Ejército decide entrar en el hemiciclo y hacer sonar sus sables. Luis Altamirano, un general ya demasiado viejo para estas aventuras, dirige la asonada. Luego de unos meses la oficialidad joven, temerosa de que Altamirano se tomara en serio el cargo, reemplaza a la antigua oficialidad y le entrega el poder a Alessandri. Pero éste, al ver que el entonces coronel Ibáñez quería transformarlo en su títere (no en vano era descendiente de un titiritero), le entregó la banda a Luis Barros Borgoño, historiador aficionado y eterno candidato a cualquier cargo.

Don Emiliano Figueroa, el galán del centenario, volvió a los coqueteos con el poder, siendo elegido por todos los partidos como candidato presidencial. Era tal el miedo y antipatía de la oligarquía a los militares, y a Carlos Ibáñez en particular, que don Emiliano logró una altísima mayoría en las elecciones de diciembre de 1925.

Figueroa gobernó, mejor dicho durmió la siesta, desde diciembre de 1925 a mayo de 1927. Decía, a quien quisiera escucharlo, que le gustaba mucho más su antigua pega de conservador de bienes raíces. Se levantaba al mediodía, tomaba el aperitivo, almorzaba regado y conversado, posteriormente dormía siesta, a las cinco de la tarde se despertaba y, como había muchos decretos que firmar, volvía al aperitivo, cenaba y a dormir.

El que verdaderamente mandaba era Ibáñez, su ministro de Guerra, quien se despertaba a las cinco de la mañana. La desidia de don Emiliano llegó a tanto que no sólo no defendió a los desterrados por su ministro del Interior, sino que aguantó la infamia de la expulsión de su hermano de la presidencia de la Corte Suprema, efectuada por el propio Ibáñez.

No le costó nada a Ibáñez, apodado el Caballo, hacerse con un poder que ya manejaba desde hacía años en la sombra. Pero nada era seguro entonces, y en pocos meses el general perdió su extraordinaria popularidad y fue expulsado por una turba indignada. El vacío del palacio lo llenaría la sucesión más rápida y fulgurante de juntas de gobiernos y presidentes instantáneos de nuestra historia.

Primero le tocó a Pedro Opazo, presidente del Senado y famoso degustador de mostos chilenos. Gobernó un día, el tiempo justo para entregarle el mando a Juan Esteban Montero. Este, un hombre muy dado a renunciar, gobernó menos de un año. Un día un grupo armado de militares socialistas entró sin anunciarse a su oficina de La Moneda, donde se efectuaba un consejo de gabinete. A Montero le costó varias horas entender que estos militares armados no querían conversar con él, sino sentarse en su sillón.

Ya no había quién parara la fiebre. Doce días de república socialista dirigida por Marmaduke Grove, dieron paso a los cien días de gobierno del periodista y creador de noticias Carlos Dávila. Caído en desgracia este gran especulador político, de pronto, en un par de horas, La Moneda – donde habían pululado tantos aspirantes al poder– quedó vacía.

El general Bartolomé Blanche debió asumir la Presidencia. Su mayor hazaña fue sostener, en un discurso, que en la caja fiscal solamente quedaban ratones. Una nueva asonada militar –militares contra militares– le pide la vuelta a la Constitución. Blanche le entregó el mando a don Abraham Oyanedel, presidente de la Corte Suprema, quien dirigió la vuelta a los gobiernos civiles.

La hora de los ancianos

El periodo de los gobiernos radicales es conocido como uno de los más estables de nuestra historia. Un extenso momento de gris administración, con algo de muralismo mexicano mezclado con campechana bonachonería. Quizás ese tono de tranquilidad que asumió esta verdadera revolución se deba a que sus primeros líderes llegaron al poder ancianos y enfermos. De hecho, de los tres presidente radicales, sólo Gabriel González Videla alcanzó a gobernar seis años. Fue el más polémico y el que acabó con el predominio del radicalismo en nuestra política.

Don Pedro Aguirre Cerda, llamado Don Tinto, o Bolita de Carne Negra, duró apenas tres años (1938-1941). Don Pedro es quien ostenta el record, sin disputa, del más querido de los primeros mandatarios, a pesar de que en su gobierno se rompió el Frente Popular, hubo una escisión en el Partido Socialista y su Partido Radical no le sirvió para nada.

Después vinieron varios vicepresidentes de corta duración que trataron de completar el periodo: Jerónimo Méndez, entre 1941 y 1942; Alfredo Duhaldé, en 1946, quien en tan pocos días dejó su nombre ligado a la matanza de la Plaza Bulnes, donde falleció la famosa Ramona Parra; y finalmente Juan Antonio Ríos, que murió a la mitad de su gobierno, durante el cual pareció agonizar todo el tiempo. Después, para bien o para mal, nuestra historia política tomó ese tranco

de tranquilidad aparente que tanto nos gusta. González Videla, Ibáñez, Jorge Alessandri, Frei, todos ellos completarían sus mandatos, siempre con dificultades graves y ruidos de cañones. El último Presidente breve fue Salvador Allende. Pero esta es harina de otra costal y el comienzo de una historia demasiado presente, demasiado urgente para contarla aquí.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enriquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.